

*Dejé todo
y me fié*



DEJÉ TODO Y ME FIÉ

EL COMIENZO DE UN AMANECER

- *Insatisfacción y búsqueda*
- *La persona de Jesús me fascinó*

UN CAMINO HACIA LA LUZ

- *Sombras*
- *Claridades*
- *Discernimiento*



VIDA EN LA LUZ

- *Encontré el tesoro y lo dejé todo*
- *Llevo el tesoro en vasijas de barro*
- *Vivo en la alegría porque... sé de quien me he fiado*

Nací en un pueblo de la vertiente poniente de Mallorca con los paisajes más hermosos de la isla. Su nombre es muy evocador para el turismo numeroso que nos visita: Valldemossa. Célebre por su Cartuja de Jesús Nazareno, en donde vivió, expulsados los monjes en el siglo pasado, el pianista polaco Chopin. Además, esta villa vio nacer en el siglo XVI a la única Santa



canonizada de nuestra Iglesia Local: Catalina Tomás, que es motivo de inmenso amor popular. Después de una juventud trabajando en el campo, fue contemplativa en la Canónica de Sta. M^a Magdalena, de las Canonessas Regulares Lateranenses de San Agustín, de donde yo misma soy ahora Canonessa.

El pueblo de donde procedo está actualmente marcado por el gran incremento de turismo, que ha repercutido en las costumbres tradicionales y rurales, en su cultura y religiosidad.

A los 20 años me sentí empujada a ingresar en esta Canónica de Santa M^a Magdalena. Hija única de padres cristianos, familia de clase media; un ambiente de comprensión, de confianza, de unión, de amor se respiraba en casa. Cursé mis estudios en un colegio de religiosas, la formación religiosa que recibí en él influyó en mi vida futura. Me quedaba a me-

dia pensión, mi vida era muy sencilla: salía de casa en hora temprana hacia la ciudad regresando por la tarde. Prácticamente mi grupo de amigas era el del colegio, donde pasaba la mayoría del tiempo. Mis proyectos, como los de ellas, eran seguir estudiando alguna carrera para situarme en la vida, casarme y formar una familia. Gozábamos entre nosotras comentando nuestros sueños e inquietudes juveniles.

EL COMIENZO DE UN AMANECER



INSATISFACCIÓN Y BÚSQUEDA

A los 14 años un acontecimiento marcó mi vida: en las celebraciones litúrgicas, que se hicieron en la Parroquia en torno al IV Centenario de la muerte de Santa Catalina Tomás, se habló de conversión, de radicalidad. Dos palabras que quedaron muy grabadas en mi interior y que tomé en serio.

Sentí la inquietud de un cambio profundo pues mi vida, hasta entonces, no me llenaba, era simplemente un caminar como

todo el mundo. En mi interior latía el anhelo de algo más y ni yo misma me lo explicaba; miraba a mi entorno, parecía que lo tenía todo: buenas relaciones con mis padres y amigos, buenas calificaciones en el colegio, disponía de dinero para mis gastos personales, de libertad..., pero nada me satisfacía, me iba dando cuenta que el gozo de tener, del poder era momentáneo, desaparecía y dejaba un vacío.

El testimonio de vida de esa Santa contemplativa, que vivió desde Dios y para Dios y los hombres, me convenció. Fue como un faro en mi ruta, como un indicador que me llevó, luego, a descubrir a Jesús, a un Jesús de cada día más personal, con quien podía mantener una relación de amistad. A partir de ahí, comencé a buscar lo mismo que, inconscientemente, buscaba pero de otro modo y lo que buscaba se convirtió en Alguien que se hizo topadizo conmigo.

LA PERSONA DE JESÚS ME FASCINÓ

Esta relación de amistad se concretó en momentos de oración ya ante el Sagrario, ya en mi habitación, ya contemplando la naturaleza, etc... Al principio rezaba, pedía, hablaba con Jesús, sin embargo, poco a poco, sentí necesidad de silencio, de estar con el Señor, de dejarme conocer por Él, lo que me hacía prorrumpir en alabanza, en acción de gracias.

Empecé a leer los Evangelios con entusiasmo, aprovechaba el trayecto del autocar yendo o volviendo del colegio, cuando tenía un rato libre. El mensaje de Jesús de Nazaret me sorprendía continuamente y me iba exigiendo sinceridad de vida.



Me encontraba muy a gusto con Él. Tenía la certeza de que no le pasaba desapercibido ni un sentimiento, ni un gesto, ni un pensamiento mío; me sentía amada, como si todo lo mío le interesara por pequeño e insignificante que fuera. Se me hizo muy cercano.

UN CAMINO HACIA LA LUZ

SOMBRA

Todo fue muy bien hasta que me di cuenta de que algo importante pasaba dentro de mí. Yo había cambiado, veía las cosas y situaciones desde distinta óptica. Había comenzado a frecuentar la parroquia, me había integrado como catequista de confirmación y en el coro; procuraba darme a los demás. Estaba comprometida.

Me preguntaba: ¿por qué? Las paradas en la vida son necesarias sin embargo por una parte algo me empujaba a la reflexión y, por otra, algo me detenía, era el miedo, miedo porque sabía que, cuando buscara la causa de mi felicidad, descubriría que era Jesucristo y ello comprometería más toda mi persona y... no quería pensarlo mas lo intuía, la palabra clave era VOCACIÓN.

Fue una lucha interior fuerte. Ser discípulo de Jesús hace romper esquemas, planes, estructuras. Es costoso, recordaba “la puerta estrecha” que lleva a la vida y que tantas veces había leído en el Evangelio.

Sentía resistencias, temores, pánico a ser diferente de los demás.

Tuve también que hacer frente a las dudas que se me presentaban ante una vida que me brindaba formar una familia estable y feliz, porque, además, tuve ocasión de comenzar relaciones con un chico majo, de buena posición, con trabajo, “ideal” – como se suele decir-. En esos momentos acudí al Señor insistentemente en la oración para que me iluminara. Me acosaban las preguntas: ¿y si, después no era feliz en el convento?, ¿por qué despreciar esa oportunidad estupenda? Pero Jesús no me falló, me fortaleció.



Sin embargo lo más duro para mí fue la prueba del sufrimiento que iba a dar a mis padres al tener que dejarles. Me excusaba conmigo misma diciéndome que no podía seguir esa voz interior porque ellos tenían puesta su esperanza en mí, era mi obligación corresponder, una exigencia como hija. Entonces sufrí mucho, daba vueltas y más vueltas al interrogante: ¿por qué yo, Señor? ¿por qué se había fijado en mí con tantas jóvenes como había y en situaciones menos extremas en sentido familiar? Me rebelaba, quería liberarme de complicaciones, de compromisos.

Cuando les comuniqué, al cabo de años, mi vocación, ellos me pidieron que ejerciera dos años mi carrera, creían que lo mío era una idea pasajera. Mas yo veía que el tiempo no arreglaría nada, por el contrario nos haría vivir en clima de tensión por mi partida. Y pensaba que al Señor hay que darle los años mejores de la vida, la juventud, las primicias.

Tuve que hacerme fuerte para ir contra corriente en medio de un ambiente que me envolvía donde el dinero valía más que la persona, donde se quería alcanzar el poder, poseer las cosas, donde se desconfiaba de todo, donde se reía del servicio desinteresado, de la estabilidad, donde se pasaba de lo religioso. Mis valores eran otros: la persona, el compartir, el servicio, la gratuidad, la fidelidad..., en una palabra, el ser.

CLARIDADES

Al no ser coherente conmigo misma tenía una división que me llevaba a la desazón, representaba un rol en la sociedad

que no era el mío, aparentaba, me sentía esclava de mí misma.

Comprendí que estaba mirando demasiado al futuro: los riesgos, mi seguridad, mi imagen ante los demás y temía a la soledad al mismo tiempo que ésta me atraía.

Me decidí a dejarme ayudar por algún sacerdote que fue acompañándome en el camino del afianzamiento vocacional y seguí buscando, intentando ser fiel a mí misma y a Aquel que, en profundidad, daba sentido a mi existencia.

El conocer y frecuentar esta Comunidad pasando algún día de retiro, comunicarme con las hermanas, expresar mis vivencias, mis dificultades...fue muy positivo.



El apoyo moral de alguna amiga también me animó porque la mayoría de los que me rodeaban no entendían nada: unos me trataban de loca, sólo alguno me respetaba. Sufrí críticas, incompreensión pero, a pesar de todo, preferí seguir respondiendo afirmativamente a Jesucristo. ¡Valía la pena!

Meditaba y profundizaba las distintas vocaciones en la Biblia y me sentía identificada con ellas, especialmente con la de María de Nazaret. Veía que lo importante era el “hágase en mí”, asumiendo mis limitaciones y pecado. La fidelidad y obediencia a la voluntad de Dios, que se me iba manifestando a través de la oración, de los acontecimientos, del acompañamiento espiritual..., iba unificando mi vida, me daba libertad interior. Cuando me dejaba llevar por el Espíritu se daban sus frutos: amor, paz, alegría.

Opté por afrontar lo que viniera y dejé que el Señor hiciera en mí ya que cuando todo lo quería hacer yo: planteamientos, respuestas, era cuando entraba la perturbación.

Durante mucho tiempo comencé mi oración con esas palabras: “Habla, Señor, que tu sierva escucha; hágase en mí según Tu Palabra”.

Fueron años duros porque experimentaba que ser fiel a la llamada amorosa de Jesús me desprendía de la familia, de los amigos, me hacía romper muchas cosas.

Pero siempre encontraba en la Palabra lo que necesitaba. En momentos de tentación, de desánimo, de lucha, el texto de Mt 14, 24-33 me marcó: el mar, la tempestad era todo aquello que me envolvía, era el espíritu del mal, las fuerzas



del mundo que me atraían; me sentía impotente mas experimenté el poder de Jesús, de sus palabras: “ No tengas miedo”, “conmigo puedes caminar sobre esas aguas” ¡Ven! Sí, supe, desde entonces, que, confiando en Él, podía todo. Su Palabra es Vida, la fuerza se realiza en la debilidad.

Las dificultades que se me iban presentando en el camino de un seguimiento más radical me afianzaban en mi respuesta porque nada

ni nadie podían separarme de Él. Era la vivencia continua de su amor fiel que iba fortaleciéndome.

DISCERNIMIENTO

Otra etapa de mi camino vocacional fue la del discernimiento entre vida apostólica o contemplativa.

Al acabar C.O.U., siendo todavía menor de edad, opté por estudiar “Profesorado de E.G.B”, pues la tarea educativa me atraía y me realizaba. Durante esos años intenté ver la mano providente del Padre que me iba conduciendo.

En mi clase tuve por compañeras de estudio a varias religiosas de vida apostólica con quienes mantuve relaciones muy

próximas, conocí de cerca su estilo de vida, organizamos convivencias, compartimos juntas. Era ideal, después de acabar los tres años en la Escuela Universitaria ya podría consagrarme religiosa y dedicarme a la educación de los niños. Pero mis planes no fueron los del Señor. ¡Él siempre es sorprendente!.

Durante el curso iba diariamente a orar a la iglesia de la Canónica donde vivió y se santificó Santa Catalina Tomás, que hizo de despertador en mi vida. Me unía al Oficio de Laudes y, algunas vez, Vísperas que, desde el Coro, la Comunidad cantaba. El contenido de los Salmos elevaba mi espíritu, hacía mío algún verso que iba rumiando en mi interior toda la jornada y me ponía en comunión con Dios, con la vida, con la naturaleza, con los hermanos.



Me compré un breve Salterio que paseaba junto con el nuevo Testamento en mi bolso. Sí, la Liturgia me atrajo fuertemente, me hacía sintonizar con un mundo interior que crecía dentro de mí.

Tuve ocasión de entrar en contacto con las hermanas Canonas de quien, hoy, por gracia y con gran gozo, soy miembro. Me impactó su experiencia de intimidad con Dios, su sencillez, su actitud de acogida, su alegría.

Pasé con ellas días de retiro, tardes de oración, compartía la Liturgia y, casi sin entender cómo, fui descubriendo que el Señor me quería aquí, que me gustaba el carisma canonical, que estaba llamada a la vida de claustro: sentía atracción por la oración, la intimidad con el Señor desde la soledad, tenía deseos de entregarme al Amor y de fecundidad espiritual en la Iglesia y en el mundo con mi vida de plegaria y donación a los demás.

VIDA EN LA LUZ

ENCONTRÉ EL TESORO Y LO DEJÉ TODO.

Al fin, el sueño se hizo realidad y, a los 20 años, después de acabar mis estudios de magisterio y con posibilidad inmediata de trabajo, entré en la Canónica con ilusión, con esperanza y con la confianza de que Él cuidaría de mis padres y de todo lo que dejaba atrás.

Me parecía una utopía ver realizada mi consagración, pero lo que es imposible para el hombre no lo es para Dios, es una experiencia muy viva en mí y Él preparó el camino y permitió

que sucedieran los acontecimientos de un modo distinto de cómo yo había calculado.

Un día soleado de septiembre marché sola de mi casa, de mi pueblo, llevaba en mi corazón recuerdos, emociones, amistades. En el trayecto hacia mi nueva casa iban aflorando sentimientos, pensamientos... Hacía meses que me había ido desprendiendo, poco a poco, pero sensiblemente no dejé de sentir la partida: ya no olería el aire fresco e incontaminado que respiraba entre aquellas montañas, ni oiría el canto matutino de los pájaros del campo ni contemplaría más el mar azul que casi me salpicaba. Me iba a la ciudad.. Salía hacia una tierra extraña donde, como Abrahán, el Señor me conducía; oiría otros cantos, contemplaría otros mares más hermosos.

Mi entrada fue la culminación de dos años de espera ilusionada. “El Señor la eligió y la prefirió y la hizo morar en su templo santo”. Era la fiesta de la Natividad de la Virgen María, también yo nacía a la vida del claustro. Aquel día canté el Magnificat de un modo especial, con densidad, proclamé con María las grandezas del Señor porque había hecho maravillas en mi pequeñez. Quería hacer de mi vida un canto de alabanza, de agradecimiento y de amor.

LLEVO EL TESORO EN VASIJAS DE BARRO

Al principio la ilusión, la carga de emoción, la alegría era como el agua de un río bien removida pero las aguas se fueron pacificando y comencé a ver el fondo. El contacto más

íntimo con Jesucristo hizo palpar mi miseria, fue una de las experiencias más impactantes – entrar en la Canónica no era tenerlo todo hecho-. Sí, cuando hay mucha luz en una habitación se ve el polvillo de la misma, que pasa desapercibido en la oscuridad.

La vida nueva emprendida era un choque continuo con mi realidad: temperamento fuerte, gran espontaneidad; siem-



*pre, hasta entonces, había actuado según “mis que-
reres”, tenía de-
masiados planes,
grandes ideales,
un buen lastre del
mundo. Todo ello
me provocaba cri-
sis de crecimiento
porque me busca-
ba a mí misma.*

*La adaptación a este nuevo ambien-
te no se me hizo del todo difícil a pesar de las diferencias que
encontré: una media de edad de sesenta años, distinto nivel de
formación, cultura... El sentirme acogida como una hermana
más y colaborando en un mismo proyecto, compartiendo ilu-
siones, esperanzas, crisis, oscuridades, los obstáculos y difi-
cultades se fueron superando. El Espíritu no quema etapas,
me repetían. Y lo importante, al fin, es tu propia experiencia.*

Sí, Él ha ido haciendo su obra en mí, han tambaleado murallas que me impedían ser más suya, he ido asumiendo mis limitaciones, mi miseria.

Procuré no instalarme, seguí buscando incansablemente porque tenía sed de agua viva. “Como busca la cierva corrientes de agua viva, así mi alma te busca a Ti, Dios mío”. San Agustín no se cansó de buscar la Verdad: “Tarde te amé” y descubrió que lo que buscaba fuera lo tenía dentro.

Hoy, desde lo que soy, desde mi propia realidad y la que me envuelve, vivo mi consagración.

VIVO EN LA ALEGRÍA PORQUE... SÉ DE QUIEN ME HE FIADO.

Mi vida consagrada en el claustro ha sido un don y ha supuesto una opción cristiana más radical por Cristo, Señor y centro de mi vida, y por el Reino.

Me siento una persona realizada, he podido seguir siendo yo misma y eso ha sido importante para mí, no me han “encasillado”; ¡Vivo en libertad!



Mi respuesta al seguimiento desde una vida de oración, de silencio, de contem-

plación no ha sido una evasión del mundo. Nunca como ahora me había sentido tan próxima, tan cercana a la realidad humana y tan solidaria con ella: inquietudes, problemática, alegrías, necesidades, etc.

Sé que mi vida no es estéril. La renuncia libre, consciente y responsable a la maternidad biológica, a los bienes del mundo, a mi propia voluntad, tan poco entendidas por la sociedad, me ha hecho poseedora del “único Bien” que va llenando de felicidad y gozo mi existencia.

En la Canónica he encontrado una familia que me ha acogido con amor, unas hermanas con las que puedo compartir mi búsqueda de Dios y vivir mi fe. Ellas son ayuda, estímulo, apoyo en ese camino que juntas recorreremos, donde, desde nuestras limitaciones y en medio de las dificultades –porque también las hay-, intentamos encarnar la Palabra, la de Jesús de Nazaret, que es Camino, Verdad y Vida.

La gratuidad, la alabanza, la soledad, la sencillez, la alegría son valores que he ido descubriendo en la vida contemplativa y que se escapan al mundo de hoy. Sin embargo son un verdadero gozo: oler una flor, respirar el aire fresco, escuchar el silencio, disfrutar de las personas que tenemos a nuestro

alrededor, de la riqueza de la Liturgia, de la celebración de la Eucaristía, de la amistad, de las experiencias, etc. Para ello hay que estar atenta a lo pequeño, despierta y abierta a Dios, a la vida,



a los hermanos. Entonces viene la admiración, la acción de gracias, la alabanza.

La vida canonical no ha sido un trauma para mí ni un fin sino el medio para poder vivir esos valores esenciales de la vida contemplativa.

Aquí no hay stress, ni afán de posesión, ni de dominio... No, aquí hay armonía, he encontrado un clima de amor, de paz, de alegría, una actitud de generosidad, de sacrificio, de donación, de fidelidad, de esperanza.

Soy muy consciente que “llevo el tesoro en vasijas de barro”; sí, hago lo que no quiero y dejo de hacer lo que quisiera. Soy pobre, soy barro en manos del alfarero y Él me ama tal como soy.

Mi inquietud es la de extender el Reino de Dios desde el anonimato, con mi plegaria, intercesión, con mis pequeños “sí” cotidianos, construyendo comunidad con actitudes evangélicas. Sé que puedo dar a luz hasta el último rincón del mundo haciendo de mi vida una oblación de amor...

¡Quiero ser sal y luz de la tierra!

Deseo responder, día a día, a esa llamada amorosa del Señor y hacer de mi existencia ese canto del que habla San Agustín: “Sed vosotros mismos el canto que vais a cantar, vosotros mismos seréis alabanza si vivís santamente”.

*Sor Victoria Bruno Morell CRL
Canónica de Sta. M^a Magdalena
Palma de Mallorca*

Canonesas Regulares Lateranenses
Canónica de Santa María Magdalena

Cl de Santa Magdalena, 2-A
07003 - Palma de Mallorca

Tel. 0034 971 715 154

e-mail: vocacioncrl@yahoo.es

www.canonesaspalma.org



CRL